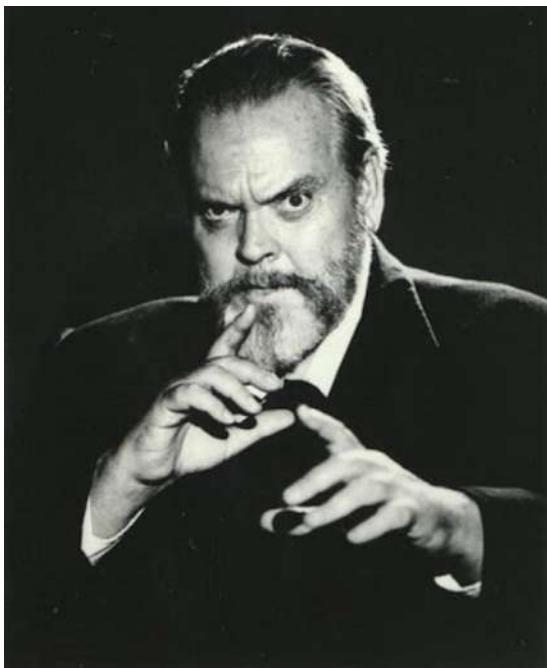


# ORSON WELLES, EL COLOSO QUE ODIABA A LA PRENSA

María José VIDAL ERRASTI

Transcurrían los años 60. Yo acababa de terminar mi carrera y daba mis primeros pasos como periodista en Diario de Navarra. Orson Welles, el genial director, actor, narrador, guionista, productor, el hombre que a sus 23 años había conmocionado a Estados Unidos el 30 de Octubre de 1938, en una noche de Halloven, con el episodio radiofónico, la "Guerra de los Mundos", basada en la novela de George Wells, estaba en Pamplona. Varias escenas de su película "Campanadas a medianoche" las había filmado en la localidad Navarra de Lecumberri. Pero Welles sentía una atracción especial por las Fiestas de San Fermín. Le fascinaban las corridas de toros, la gastronomía de "Las Pocholas" y los puros habanos; y tenía una animadversión declarada: la prensa. Odiaba a los periodistas.



Retrato de Orson Welles

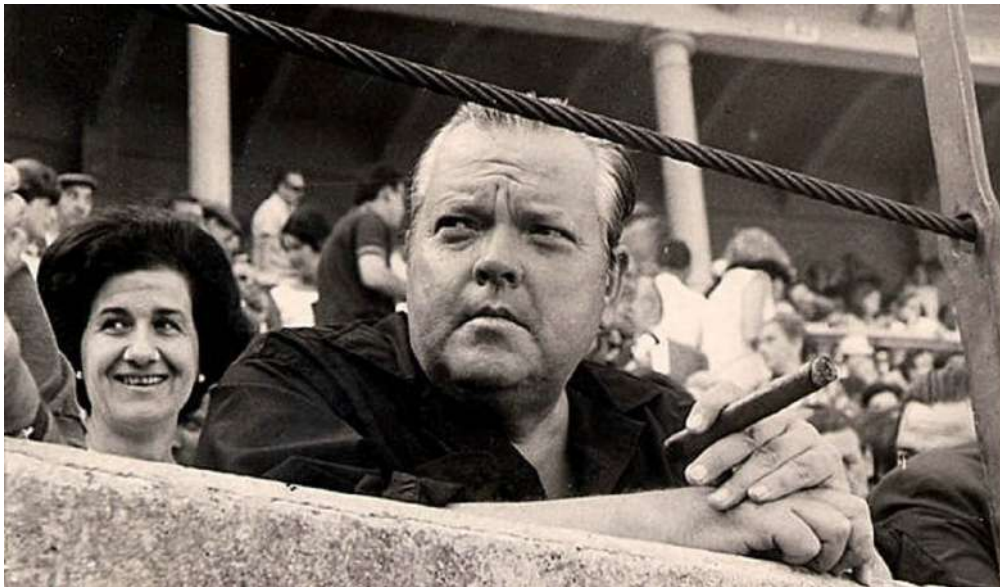
Con esos mimbres, me quedé paralizada cuando, José Javier Uranga, Director entonces de Diario de Navarra me ordenó que entrevistase a Orson Welles... "Pero si nos desprecia"... balbucee tímidamente.

Sentí una angustia infinita en aquella tarde del mes de Julio. ¿Qué podía hacer yo? ¿Cómo podía abordarle sin que su furia me aplastase? En aquellos días, Welles, se hospedaba en el Hotel Tres Reyes. Otras veces se refugiaba en la habitación 104 del Hotel La Perla...Pero la última vez, según se contó después, se había marchado sin pagar.



Reportaje de la revista Blanco y negro sobre la visita de Orson Welles a Pamplona en 1966

Yo empecé a cavilar sobre cómo debía acercarme a aquel enigmático personaje, Orson Welles, uno de los protagonistas del fantástico film "El tercer hombre", despiadado y letal, que compartía cartel con el gran Joseph Cotten. Los dos actores habían inmortalizado la maravillosa noria de Viena, en



Orson Welles en la plaza de toros de Pamplona, años sesenta

una secuencia de la película dirigida por Carol Reed y estrenada en 1949. La acción transcurría durante la Segunda Guerra Mundial y estaba basada en la obra del escritor Graham Green. Aquella noria era emblemática. Había sido construida en 1897 para conmemorar el 50 aniversario del reinado de Francisco José de Austria. El diseño era obra del inglés Walter Bassett. Tenía 61 metros de altura y durante mucho tiempo se consideró la noria más alta del mundo. Y en aquel film inolvidable "El tercer hombre" estaba la bellísima melodía de Antón Karas que interpretaba con su cítara. La convirtió en inmortal. Karas, un instrumentista genial que tocaba en una taberna vienesa, fue descubierto por Carol Reed, el director de la película y le encargó la banda sonora.

Pero la fortuna me sonrió, porque en el momento que me disponía a salir del periódico rumbo al Hotel, otra periodista, más experta que yo, que había acudido al Diario para saludarnos, se ofreció a acompañarme. Se me abrió el cielo. Hablamos sobre cómo era el personaje al que nos enfrentábamos.

Había nacido en Estados Unidos, concretamente en Wisconsin en 1915. Pertenecía a una familia adinerada. Su padre era inventor y propietario de una cadena de fábricas de camionetas. Su madre, pianista. A Orson Welles le trataron como a un niño prodigio. Se inició en la pintura, en la música, pero luego se decantó por el teatro, precozmente. A los diez años dirigió y protagonizó su primera representación teatral. Sin embargo, fue la obra radiofónica "La guerra de los mundos",

que desató el pánico en Estados Unidos, la que le dio fama mundial por su impactante realismo. Le abrió las puertas para escribir y dirigir varias películas. Así surgió "Ciudadano Kane", la historia del magnate de la prensa William Randolph Hearst. Se estrenó en 1941. Era su film de mayor éxito. Lo había conseguido con tan sólo 26 años. Pero dos años antes, cuando Wells tenía 24, convenció a Herman Mankiewicz para que escribiese el guión. Hearst, nacido en San Francisco en 1863, propietario de una cadena de grandes periódicos, potente inversor, político y uno de los hombres más poderosos de Estados Unidos, intentó prohibir la proyección de la película; no lo logró. Sin embargo pudo poner trabas en la distribución del film.

Pero la vida sentimental de Orson Welles era tan intensa como la proliferación de sus obras. Vivía amores apasionados. Se casaba y se descasaba. Se enamoró profundamente de la actriz Dolores del Río, contrajo matrimonio después con la bellísima Rita Hayworth... Sus constantes devaneos amorosos provocaban ríos de tinta.

Teníamos que trazar un plan cuidadosamente. Llegamos a los Tres Reyes. La planta primera estaba acondicionada con mesitas bajas y sillones para tomar aperitivos. Welles era un asiduo de aquel lugar. Muy pronto lo vimos. Se encontraba sentado en uno de aquellos butacones; en otros dos asientos, con él, dos personas más. Los tres charlaban animadamente. Era corpulento y su voz grave, muy grave. Su puro, su tremendo puro, se divisaba desde lejos. Empecé a temblar.

Orson Welles y Antonio Ordóñez.  
Pamplona, 1961 (Foto Cano)



Nos sentamos también nosotras en una de aquellas butacas que rodeaban las mesitas, en un lugar estratégico, y pedimos nuestra consumición al camarero. Cuando éste llegó le rogamos que llevase un mensaje a Mr. Welles. En un papel blanco, convenientemente doblado, le escribimos con bolígrafo: "Mr. Welles, somos dos admiradoras. Nos gustaría poder hablar con usted. Estamos sentadas cerca de su mesa. Muchas gracias."

Orson Welles hablaba muy bien español con un marcado acento americano. Era una gran ventaja. El camarero le ofreció nuestro mensaje. Yo contenía la respiración. Welles tomó la nota, la leyó, giró la cabeza y el camarero le indicó dónde estábamos. Le saludamos cortésmente y el gigante Welles levantó su corpachón de 1,87 y se dirigió hacia nosotras. Mi corazón se aceleró.

Tenía unos ojos profundísimos, escudriñadores que taladraban. Chispeaban en aquel rostro inflado por el sobrepeso. Era un coloso. Un coloso enfundado en un traje gris. Estaba ante nosotras el personaje de Hank Quinlan, el corrupto y obeso jefe de la policía estadounidense de su fantástica película "Sed de Mal", estrenada en 1957. El pelo enmarañado y una voz potente de caja de resonancia, esa voz que en 1938 había hecho temblar al mundo en un espacio radiofónico. Su ceño estaba fruncido, su expresión expectante..."Ustedes dirán, señoritas..." Se sentó junto a nosotras. Le explicamos que admirábamos sus películas, sus actuaciones... Y comenzamos a destilar preguntas...

Empezó a responder muy lentamente; luego

lacónicamente... y de repente, el silencio. Se quedó callado. Nos miró despacio, aspiró una profunda bocanada de su puro, la expulsó como la fumarola de un volcán y sentenció: "Señoritas, ustedes no son unas admiradoras. ¡Ustedes son periodistas"! ...Palidecí. "Sí", exclamé yo con un hilito de voz que no me salía de la garganta. ¡"Este encuentro ha terminado"! apostilló el Director. Se levantó feroz. Iracundo. Y regresó pesadamente hacia sus contertulios. Nos quedamos clavadas en nuestras butacas. Planchadas. Aquel episodio se me grabó a fuego.

En la entrevista publicada al día siguiente, no relaté mi terrible mal trago. Refleje la conversación con Welles antes de que se cercenase abruptamente: Sus días, en aquel julio del 66, no transcurrían como mero espectador de las fiestas de San Fermín. Estaba inmerso en su trabajo. Filmaba una secuencia de "El Quijote". "Una versión moderna, llena de gracia y alegre, muy alegre. Esta parte es la parodia de Sancho", contó.

Pero nuestras fiestas ejercían en él un efecto magnético: "¡Es lo mejor! Yo no he visto nada como esto... Desde hace muchos, muchísimos años, no he dejado ni un solo año de venir... Sí... Desde la Segunda Guerra Mundial no me he perdido ni un solo San Fermín... ¡ni un solo encierro...!" Ni tampoco faltaba a las corridas de toros. Ocupaba en el coso un lugar privilegiado, muy cerca del ruedo. Habló de la "fiesta brava", vaticinó cambios y rememoró sus películas míticas "El tercer hombre" y "Ciudadano Kane": "Son de hace muchos años... ¡Más de veinte!", recordó.



Orson Welles en la puerta del Hotel La Perla, con sus amigos Pamplona, 1954.

Welles sentía fascinación por "Las Pocholas". Su nombre oficial era el de "Hostal del Rey Noble", un lugar lleno de encanto y glamour, en el Paseo de Sarasate, de gastronomía exquisita, diseñado por el Arquitecto Joaquín Zarranz y restaurado después por otro Arquitecto, Fernando Redón. El sobrenombre de "Las Pocholas" les llegó a las nueve hermanas Guerendían, que lideraban el legendario restaurante, por su físico agraciado y la amabilidad en el trato. Orson Welles era cliente asiduo. Como Ernest Hemingway. Tenían sus rincones, sus mesas y sus querencias. Y sus exigencias. Lo recordaban años después Josefina y Conchita Guerendían, propietarias e impulsoras de aquel mundo lleno de magia, junto a sus hermanas, que había comenzado en 1938. "Los dos eran muy bohemios y Welles, muy serio".

Welles y Hemingway se sentían atrapados por la buena mesa, por la intensidad de las corridas de toros y por su admiración por los toreros, que también acudían a "Las Pocholas", Luis Miguel Dominguín y Antonio Ordoñez, sus grandes amigos.

Pero la amistad de Dominguín con Orson Welles estaba llena de aristas. Me lo confesó el torero, en el año 87, en una entrevista, en uno de sus viajes a Pamplona. Venía con frecuencia a la Clínica Universitaria para sus chequeos médicos: "Éramos muy amigos... Tenía un gran talento como director y actor de cine, pero no le aguantaba. Era extremo en todo. "Hombre, explícame porqué no me aguantas, eso me interesa", me decía... Mira, cuando fumas lanzas tanto humo que inundas la habitación... Cuando comes lo haces en tal cantidad que da asco verte

comer. Y cuando te ríes, todos nos tenemos que callar y esperar a que tu risa acabe...Y todo esto le resultaba gracioso, porque todo lo suyo le divertía".

El final de Welles tuvo un prólogo premonitorio en su magistral película de "El Ciudadano Kane". La despedida de Kane, en la más terrible soledad, fue el cruel desenlace del genio Welles. Alguien culpó al alcohol de esa muerte. Dominguín no estaba de acuerdo con aquel rumor. "No. El alcohol no influyó tanto en Wells como en Hemingway".

Murió en Hollywood en 1985 víctima de un infarto, a los 70 años. Después de una vida turbulenta y de una carrera prolífica y genial -su fascinación por William Shakespeare le empujó a llevar al cine las grandes obras del escritor inglés - atravesaba serios problemas financieros. En su última etapa hacía cameos esporádicos y algún anuncio publicitario mientras luchaba por sacar adelante su film, "El Quijote": una película eterna, que comenzó en 1950 y para la que rodó algunas escenas en Pamplona. Welles murió antes de finalizar el film. El guión que alumbró él junto a Jesús Franco y Javier Mina, sufrió algunos retoques y también la película que fue armada y acabada por Franco en 1992. Sus cenizas se trajeron a España por deseo de su hija Rebecca. Se depositaron bajo el cielo de Andalucía, en Ronda, en la finca San Cayetano de su inolvidable amigo el torero Antonio Ordoñez. Era la tierra que Orson Wells había amado profundamente.